

# REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, calle de Torressecas, núm. 5, principal; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Badera, Sanz, Francés, Csés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Señores Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.— Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Torresecas, 5, principal, Zaragoza.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza . . . . .	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, quince céntimos de peseta.

## PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta . . . . .	60	Cuarto de página . . . 16
Media página . . . . .	30	Octavo de id. . . . . 8
		Dieciseisavo de id. . . . 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de quince por ciento; si de seis á ocho veces, una de veinticinco por ciento, y de nueve en adelante, una de cuarenta por ciento.

Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del diez por ciento.

## SUMARIO.

- I.—Crónica Aragonesa, por D. Baldomero Mediano y Ruiz.
- II.—La Giralda (continuacion), por D. Faustino Sancho y Gil.
- III.—Desde el fondo del palco (conclusion), por D. José M. Matheu.
- IV.—Iman de un ave (poesía), por D. Valentin Marin y Carbonell.
- V.—Espectáculos, por Valerio.
- VI.—Libros recibidos en esta redaccion.
- VII.—Miscelánea y anuncios, en la cubierta.

## CRÓNICA ARAGONESA.

A tener la costumbre de encabezar las crónicas con esos epígrafes cortos y significativos que Asmodeo y la *high life* de nuestros revisteros monopolizan, podría ofrecer á mis lectores, como incentivo de la curiosidad ménos viva, el siguiente tentador resumen: Patinar sobre fuego.—Mi capa no parece.—A 16 grados bajo cero!—La tauromaquia en invernadero.—Las flamencas en Lutecia.—Pelar la *dinde*.—Una Natividad que viene y otra que se va.—Felicitaciones Krupp.—38 cubiertos, etc., etc.

Suplico de antemano la indulgencia, ya que por la heterogeneidad de asuntos necesitaré un estilo-relámpago con el que son incompatibles las delicadas transiciones y esos primores de claro-oscuro que tan bien parecen en toda crónica.

Hecha tan importante y necesaria declaracion, hablemos un poco del Skating-Ring.

\* \* \*

Los periódicos de Madrid,—perdone Dios á sus veraces corresponsales,—anunciaban hace pocos días que el incendio del café de Paris se habia propagado al Casino principal, destruyendo por completo el salon de sesiones de la Diputacion. Esto, como todos saben, no ha sido cierto, aunque

hubiera podido serlo con un poco más de viento en aquel nefasto día y con menor decision ó actividad por parte de las autoridades, institutos y particulares que acudieron á sofocar el incendio.

Cuando éste se declaró,—como el más impaciente de los enamorados,—en el Skating-Ring, la alarma y confusion producidas en el café y billares fueron indescriptibles: la sobrecojida multitud, venciendo los obstáculos y deshaciendo todas las resistencias, se precipitó hácia las puertas, insuficientes para dar salida á tan inmensa oleada; volaron en astillas las puertas y en menudos fragmentos los cristales: los que pretendieron detener el tumulto fueron arrollados por él, y maltrechos y contusos averiguaron, por una triste experiencia, cuán temibles son las emociones públicas y las populares conmociones: luego, cuando el inmenso velo de llamas, prendiendo en las flotantes gasas y adornos del templo de Terpsicore, proyectó su siniestro brillo en los próximos edificios; cuando rugiente y embravecido el voraz elemento empezó á extender su rojo sudario, sus densos penachos de humo y sus miriadas de chispas, por donde quiera que hallaba un trozo de madera ó alguna sustancia combustible, el temor de una futura catástrofe hizo olvidar el peligro pasado, los transeuntes, los que del café salian, los ingenieros y demas fuerzas militares que acudieron procuraron atajar los progresos del incendio, trabajando con una tenacidad y decision verdaderamente nacionales que obtuvieron el más completo éxito: hubo muchos que merecieron y ganaron, en aquella infausta tarde, la cruz de Beneficencia; otros, ménos afortunados ó caritativos, se limitaron á perder sus capas y sombreros que, como dicen los interesados, imitando sin saberlo á Becker, *¡Ya no ¡arecerán!*...

Seria muy curioso y serviria de dato muy útil para inquirir el nivel moral de nuestra S. H. averiguar el número de asistentes al café que volvieron á pagar el gasto que ya habian hecho cuando

ocurrió el incendio... Hay cosas, sin embargo, que vale más ignorar, como se ignora por todos v. gr., qué servicios prestaron en aquel deplorable accidente las bombas de nuestra Municipalidad.

\* \* \*

No se habla de otra cosa *en todo el mundo*: cubierto París por una inmensa avalancha de nieve y con una temperatura de 16°. grados bajo cero, ni ha sentido enfriarse los latidos de su ardiente caridad en favor de Murcia, ni ha dejado de mostrar en el *Hipódromo* todas sus galas, los refinamientos artísticos de su civilización, sus más hermosas mujeres, sus hombres políticos y las grandezas de una ciudad que es maestra de todas cuando piensa, cuando enseña, cuando se divierte y hasta cuando practica la caridad.

Todos han visto el *París-Murcia*, monumento que perpetuará de hoy más los generosos impulsos y cariñosa abnegación de nuestros vecinos: todos han leído las fastuosas descripciones de la fiesta del Hipódromo, y como por mi parte no he de aumentar, en un solo átomo, el interés que tales asuntos despiertan, he de contentarme con fijarme en un detalle puramente nacional.

\* \* \*

Las cuadrillas españolas de guitarristas, bailarinas, cantadoras y toreros han hecho furor en París.

Témese que los alumnos de Costillares que hoy se hallan en el *alfo* de su artística carrera, que tolean en Jetafe, Pinto y Ciempozuelos, y que reciben el dictado de *toreros de invierno*, van á entablar una demanda sobre la usurpación de que han sido objeto por parte de *Lagartijo* y de la cuadrilla de éste.

Es en efecto incomprensible, para los conocedores, el efecto que produciría en aquel cálido invernadero que se titula Hipódromo la presencia de los hijos de la tierra de María Santísima, hollando un tablado en vez de la ardiente arena del circo taurino, recibiendo las ovaciones de las aristocráticas beldades del barrio de Saint-Germain y de las espirituales grisetas del barrio latino, en vez de las características exclamaciones que su apostura y bizarría arrancan á las que habitan los barrios de Lavapiés y Rastro, legítimas é incomparables sucesoras de aquellas manolas que Goya y D. Ramon de la Cruz inmortalizaron.

Sospecho, sin embargo, que muchos de los simpáticos capeadores que hoy son objeto de las atenciones de todo París, sentirán la dulce nostalgia de la patria ausente y echarán de ménos los colmados de la calle de Sevilla y sus espumosas cañas de manzanilla: tengo también para mí que algún desenfadado banderillero, al dar su triunfal paseo por el tablado del Hipódromo, habrá dicho, *sotto voce* á su acompañante:—*Compare, ¡que camama!*

\* \* \*

Las *cantaoras* y bailadoras también han hecho furor con sus polos, rondeñas y peteneras; cantos y bailes impregnados en la apasionada melancolía

de los árabes y de la molición que sólo el cielo de Andalucía sabe inspirar.

Dícese que un distinguido novelista francés está escribiendo una obra notable por su exactitud en la pintura de costumbres, que tiene por asunto los amores de la joven y candorosa *Donna Soleá*, prima donna en el género flamenco, con el hidalgo de segunda clase y banderillero suplente *Don Gimenes*, que durante su permanencia en París se ha enamorado perdidamente de una *etoile* de alto coturno que tiene coche, hôtel en el boulevard des Capucins y un opulento y anciano intendente por protector: la dama parisiense al salir de su casa y el *Chevalier de los rejoncillos* (que así llama el autor al banderillero) escondido en la *caserne du concierge*, celebran frecuentes y apasionadas entrevistas, y ella, aleccionada por su amante en el idioma de Calderon (no de la Barca), refiere á una íntima que aquellos diálogos clandestinos constituyen lo que en España se llama pelar la *dinde*...

Inútil me parece añadir que de tan interesante novela se prepara la correspondiente versión española.

\* \* \*

Apenas me queda tiempo para hablar á VV. del concierto: ramos de flores, coronas y aplausos entusiastas fueron el adiós de despedida tributado por Zaragoza á su joven artista, á Natividad Martínez, que ha ido al país de las eternas inspiraciones y de cielo siempre sereno y azul, á Italia en fin, dejándonos sólo el grato recuerdo de haberla oído, y, en su lugar, otra Natividad que se acerca con sus helados carámbanos, con sus felicitaciones Krupp que aumentan el pasivo en las escuelas cajas de todo padre de familias, con sus ruidosas panderas y con sus costosos nacimientos.

Algunos de los últimos, y no de figuras de pasta, sino reales y efectivas, aumentarán estos días la población de las clases menesterosas, en cuyo auxilio justo es que vayan, durante la época actual en que se conmemora la más grandiosa festividad del Cristianismo, todos los que por su posición y nobles sentimientos, quieran de practicar la caridad y comprar con una limosna un rinconcito de Paraíso.

\* \* \*

Y ya que de caridad hablamos daremos fin á esta crónica recordando el magnífico final que tuvo el banquete celebrado el 18 del actual por los periodistas zaragozanos, que solicitaron el indulto de dos reos condenados á la última pena.

A este propósito recordamos los inspirados versos que, en una de sus últimas obras, dedica Victor-Hugo, el poeta de las formidables antítesis, á la pena capital.

La grandeza y vigor de los pensamientos que en el episodio á que aludimos resaltan, nos ha decidido (perdonen nuestros lectores tanta audacia) á traducirlo. Helo aquí:

Vuestra vendada Astrea  
fué númen de justicia, ¡hoy de venganza!  
¡Bien en cegarla haceis! Que nunca vea  
que sólo al crimen sirve, é iracunda  
os abomine y rompa su balanza.

## LA GIRALDA.

(CONTINUACION.)

Desde los tiempos más remotos vemos allí florecer el ingenio. Allí cinceló sus mejores octavas Pablo de Céspedes, el Horacio de la pintura española, el compatriota de Lucano, encarnación la más bella del sol de Oriente, que aun arde como un carbunco inmenso sobre el Guadalquivir, sobre el río precioso que arrastra no, aguas, sino zumos extraídos por misteriosísima mano, de las flores del azahar; allí vivieron Martínez Montañés y la Roldana, la inspirada artista en presencia de cuyas esculturas se recuerda á Buonarroti; allí concibió Zurbarán el más peregrino de sus ascéticos cuadros y Cervantes las figuras más acabadas de sus novelas, y dejó caer Rodrigo Caro, según diría Donoso Cortés, sobre los campos marchitos y sobre los mústios collados y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto, aquellas lúgubres lamentaciones llenas de pompa y majestad y henchidas de tristeza; allí nacieron Pacheco, Luis de Vargas, Herrera el Mozo, Roelas y Velazquez, el que tuvo por pincel la cimera más gallarda de la caballería española; allí ganó patria el graciosísimo Aleman, cantó Arguijo y cantó también Jauregui, que si no escribió la *Aminta* fué por haber vivido despues que el sorrentino ilustre cuyas lágrimas recogiese Byron en preciosísima copa cincelada en su fantasía; allí resonó la inspiración *alta, imperiosa y robusta* del cantor de S. Fernando y de D. Juan de Austria, del Miguel Angel de nuestra lírica, en alguna de cuyas odas escedió nuestra lengua á la griega y latina, al decir del Fénix de los Ingenios, del único vate, en fin, que ha merecido el renombre de *Divino* según Quintana; allí... pero, ¿á qué continuar un catálogo interminable?... allí han nacido ó se han educado, los que más contribuyeron á la gran resonancia, que nuestra habla tiene por todos los ámbitos del orbe y los poetas más influyentes en nuestra literatura por su gusto, por su perfección, por su frase embalsamada y por lo tanto incorruptible; los poetas que mejor han idealizado la naturaleza, al reproducirla; los poetas de musa cantora de Dios, de la patria, del amor, musa bíblica, religiosa, triste, filosófica, tierna aunque no profunda, devota de la forma, sin mengua y dotada de un gran instinto de lo bello.

Bendita una y mil veces Sevilla, taller, museo, templo, cátedra y panteon de nuestras glorias. Bendita sea, que hartó lo merece.

Sevilla, Ararat de nuestra historia, en cuya sacratísima cumbre quedó el arca donde San Isidoro salvó las pavesas de la ciencia antigua y de la civilización clásica que quedasen en Europa despues del diluvio de sangre de los bárbaros; Sevilla, la ciudad tan noblemente descrita por Amador de los Rios, honra y prez de nuestra época; la que en Santiponce escribió en la piedra con el puñal sublimemente desnaturalizado de Tarifa, que la ternura puede enmudecer en el corazón de un padre y en la casa de Bustos Tabera, grabó la obediencia á los reyes, cantada por Lope en la más soberana de sus composiciones: la que en la Cartuja consintió una profanación indigna y en las ruinas de Itálica ofrece funerales pompas, entre cardos y amarillos jaramagos y en la Castilleja trae á la memoria la espada vencedora en Tlascala y Otumba; la ciudad que con las columnas de la Alameda vieja, hace recordar la dominación romana y con su elegante Lonja y Archivo de Indias el esplendor de la monarquía de Carlos V; la que frente á la Torre del Oro, á cuyos piés aportaban las flotas de la recién descu-

De la ley la justicia ora convierte  
de algun recién-nacido  
el mísero gemido  
en sentencia de muerte,  
tan injusta y cruel como aquel día  
en que, violenta y ciega  
salvando á Barrabás á Cristo hería!  
¡A tal extremo lo espantoso llega!...  
En la ciudad del Tiber populosa  
miré bajo la bóveda sombría  
de oscuro calabozo, encarcelada  
á una desventurada  
que ante la muerte y la entreabierta fosa,  
triste juzgando su esperanza extinta,  
del dolor en los últimos extremos,  
le dijo al magistrado:—Estoy en cinta!...  
y él contestó:—Pues bien ¡esperaremos!...  
¡Ay! si no me encontrara  
de la bondad celeste convencido  
cómo del juez pensara,  
sin sentirme de horror estremecido,  
en la futura suerte!...  
¿Qué esperaban? Que á un sér aquella madre  
le diera vida, para darla muerte.  
¿Cómo, ciego y sin tino,  
así se lanza á penetrar el hombre  
los profundos arcanos del destino?  
Vida y muerte, que juntas se cernían,  
en torno de la madre batallaban  
y el siniestro fulgor que difundían  
en el lóbrego encierro proyectaban.  
Como fantasmas de color oscuro  
y ambas dispuestas á franquear el muro,  
Muerte y Vida á la madre se acercaban  
á paso igual, aunque por senda opuesta:  
terrible aquella, sonriendo ésta:  
la Muerte hácia la madre, amenazante:  
la Vida sonriendo al tierno infante.  
¡Fatal degradación! ¿A quién no asusta  
que el venerando Código  
que amparo ha de prestar al desvalido,  
trueque su faz augusta  
por el innoble rostro de un bandido?  
¡Oh! si la Providencia  
dejara hablar al niño, éste diría:  
—«Empieza, ¡oh Ley impía!  
por dejarme sin madre tu sentencia:  
inútil es que en tan suprema angustia  
la pobre madre, lacerada y mustia,  
ore, tiemble y suplique: ¡es su destino  
hallar en su propio hijo un asesino!  
De la materna sangre en el torrente  
empapada, mi cuna maldecida  
mece un inocente  
por la ley convertido en parricida.  
No existo aún y criminal me siento,  
porque mato al nacer... ¡Hado sangriento!»

Despues de traducir á Victor-Hugo, sería extremar el atrevimiento añadir una palabra más, y hago por hoy punto final.

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

bierta América, alzó el hospital santo, refugio de mil primores de arte, en cuyo bellissimo santuario hay una losa humilde que convence, de que el arrepentimiento conquista los tesoros de la eternidad, aun á aquellos que vivieron en el escándalo, aun á personajes, como el que sirviese de original de una de sus creaciones, al inmortal Mercenario; Sevilla, la que en la casa del Candilejo, eterniza el nombre de un rey criminal, rehabilitado por la literatura, por las tradiciones y hasta por la historia; la que cinceló el palacio mudéjar y en el del Duque de Alba y en otros edificios no contados por Zúñiga posee hermosísimos modelos de un arte no bautizado sino en reciente época; Sevilla, la huri de las ciudades, que embelesa con sus gracias y trae recuerdos sublimes de antiguas y profundas transformaciones sociales ó de inolvidables acontecimientos, en las estancias tentadoras del Alcázar, riquísima diadema de la que aparecen desmontadas las perlas que recreasen al almohade con purísimas memorias africanas; Sevilla, en fin, la dama á quien todos los siglos y todos los pueblos han hecho el regalo de algún monumento, muchos de los que no ha logrado conservar, es una poblacion de gran destino histórico, se cuenta en el coro de ciudades que han revelado, difundido y embellecido, ideas esparcidas en la conciencia humana, al modo que la materia cósmica se encuentra espaciada en la inmensidad. ¿Quereis comprender la capital de los almohades, el baluarte más precioso de la Cruz, la antigua Atenas del Occidente, la amada del abbadita, la maravilla entre las maravillas del mundo? Meditad ante su catedral austerísima, montaña de piedra que toca el cielo, á pesar de que sus agujas apenas si llegan á las nubes, y meditad tambien ante la majestuosa Giralda que nos trasporta, como dice un historiador pintoresco, á los poéticos dias en que el almuédano hacia oír su voz desde aquella primorosísima altura. Ahí teneis trasformada monumentalmente la Historia de España. La España cristiana, en la magnífica mole de granito, cuyo peso apenas puede soportar la tierra, en la suntuosa catedral que petrificó las sombras de la Edad Media para convertirlas en sillares y recogió en sus ojivas el primer albor de nueva época; la España del Koran, en el célebre alminar sevillano, adorno preciosísimo de nuestro envidiado joyero árabe.

Sí, adorno precioso, porque él, la Aljama de Córdoba y el Palacio real único en el mundo, como diria Pedro Mártir, es decir, la Alhambra, marcan las tres fases de la luna mahometana, mientras alumbró el cielo pátrio; porque es la primera maravilla de su época y la obra más perfecta del arte árabe á pesar de lo que se ha dicho acerca de su estructura y estilo; y porque es la expresion más poética de la dominacion del agareno. ¡La Giralda! Es la torre de la gracia y de la majestad. En su fondo cree la imaginacion ver cautiva la más dulce de las hadas y todas las huries que perdieron su paraíso, el dia en que la Cruz de Covaponga cantó el Romancero, en las Torres Bermejas de la Alhambra.

No me explico que el Emperador pidiese un estuche para el Campanile del Giotto, no habiendo pedido ántes un fanal de zafir pendiente de una estrella de oro para la Giralda. Esta, es un alminar, el primero en elevacion y magnificencia entre todos los islamitas, segun Makkari. Tal empresa arquitectónica y la construccion de una gran mezquita, fueron llevadas á término por Jacob Almansur el Muwahida, en el año 1196-97, en el siglo que, por su carácter preeminente, se llama de las Cruzadas. Tres años despues de puesta la primera piedra de ambos monumentos, se dieron por concluidos con la colocacion, en lo alto del alminar, de muy hermosas bolas de bronce, en forma de frutos, fabricadas, elevadas y

doradas por Abu Leis el Siciliano, y de dimensiones tales, que la segunda en magnitud, no pudo atravesar la puerta del Muezin, sino despues que fué ensanchada su parte inferior. La Crónica del Santo Rey Fernando confirma las noticias anteriores dadas por Al-Kartas, al describir el alminar tal como le encontró el ilustre padre de D. Alfonso el Sábio. *La torre, dice, es por muy sutil y maravillosa arte labrada; tiene en anchura sesenta brazas é doscientos é cuarenta en altura. Tiene otra gran excelencia que tiene la escalera por donde suben á ella muy ancha, é tan llana é acompañada que todos los reyes é reinas y grandes señores que á ella quieren subir á mula ó á caballo, pueden muy bien subir hasta encima. Y encima de la torre está otra que tiene ocho brazas en alto hecha por maravillosa arte y encima de ella están cuatro manzanas una sobre otra tan grandes y de tan grande obra y hermosura, que no creo que se hallen otras tales en todo el mundo. La que está sobre todas es la menor. Y luego la segunda es mayor é la tercera es muy mayor. De la cuarta no se puede decir su grandeza ni su extraña obra, que es cosa increíble á quien no la vido. Esta es labrada por muy gentil arte. Tiene doce canales, cada una de ellas cinco palmos en ancho y cuando la metieron en la ciudad no pudo caber por la puerta y fué menester que quitasen las puertas y que ensanchasen la entrada para metella.* La Crónica, manifiesta luego, que cuando el astro del dia toca estas esferas *resplandecen tanto que se ven de más léjos que una jornada.*

En vez de las cuatro manzanas, sirve hoy de remate á la sutil y maravillosa torre, un nuevo capitel. La mezquita ya no existe, pero bajo el azul fanal del cielo andaluz pronuncia aun el nombre de Dios con la metálica lengua de cristiana campana, la conversa Giralda.

No hay en el mundo una torre cuyas cinceladuras hechicen tanto. El cielo no necesita columnas: si las necesitase, ninguna más digna de él, que ese alminar que inmortaliza al monarca que dejó su nombre en la fortaleza de Gíznalfarache.

Muchas veces, al contemplar ese maravilloso prisma de cuatro caras, que se pierde entre los arboles de un cielo que es la pureza misma, y dorado por un sol brillantísimo, que acalora la mente, y puebla el espíritu de ideas y sentimientos que se desbordan, formando un Niágara en la fantasía, me ha parecido, no de cantería, ladrillo y tápia, sino de encaje bordado en el paraíso y de encaje tan aéreo que la más tenue brisa que se levante, pudiera columpiarlo, con voluptuosa pereza.

No sé si lo bello sabe firmar, pero sí sé que la Giralda me ha parecido siempre la firma de lo bello y una de las más felices originalidades de la arquitectura. ¡Qué ajimeces ornan su parte exterior! ¡Qué iris tan preciosos, en los azulejos que cubren el muro de esquisitos bordados! ¡Qué riqueza y variedad, en los arcos de los ajimeces! ¡Qué gentiles las columnillas de mármol que los sostienen! ¡Qué bello! ¡Qué hermoso alminar! ¡Cómo alimenta la fantasía! Los que ávidos de henchir su alma de inspiraciones, incansables peregrinos de la religion del arte, viven; recorriendo los grandes teatros de la historia, sentándose un dia para tomar aliento en la falda del Pindo ó en la escalinata de San Márcos y otro en las playas que lloraron en la agonía de Homero ó al pié de los laureles de Virgilio y de Sannazaro, vayan enhorabuena al Alcázar que convida á los placeres de amar y de vivir y á los góticos baños de Padilla, pero no olviden que á la sombra de la Giralda no hay corazón que no se derrame. Es muy inspiradora la sombra de esa gallarda torre, donde los sábios arábigos hicieron largos estudios á los que debe tanto la ciencia como á los que en el Campanile de Pisa y en el Campanile de Florencia hiciese el insigne

Galileo, aquel coloso que reveló al hombre los secretos del universo, que demostró con el péndulo el movimiento del planeta, que inventó el telescopio, sonda milagrosa que penetra en los infinitos abismos del mar sin riberas del eter, y que hace siglos tiene el sepulcro de sus huesos, en la iglesia, donde descansan en merecidas sepulturas Miguel Angel y Maquiavelo, se hallan mausoleos erigidos á Dante y á Alfieri é irradian divina luz, un cuadro de Cimabue, magníficas estatuas de Donatello y frescos del Giotto, el pastor sublime de quien me atreveré á decir que es uno de los Santos Padres de la Iglesia de la pintura moderna.

Y no sólo es inspiradora la Giralda. Es tambien rica cartilla de preceptos para el artista y un documento histórico de importancia, de una importancia tan grande, cual la del *Papyrus de Turin*, por ejemplo, para la Historia Egipcia. Leed la descripción de la soberbia torre de la maravillosa mezquita de Abderraman, bien sea en Elrisi, bien sea en Morales que la conoció y os convenceréis de que aquella y la sevillana, tenían entre sí gran semejanza, gran aire de familia, cuya observacion ha de demostraros que la Giralda en su parte inferior y legítima, segun asevera Adolfo Federico Schack, «es la forma exacta del alminar que desde el principio estuvo en uso en España.» Contemplad en la torre de Sevilla sus rombos agramilados, sus festones de barro cocidos, sus ajimeces con los angrelados y lóbulos que manifiestan, segun el docto Contreras, «arcos ó segmentos de curvas, con todas las variantes del Alcázar granadino.» ¿No os trae á la memoria semejante estilo de ornamentacion, la torre de San Juan de los Reyes en Granada, que es cuatro siglos más jóven que la Giralda? Fijaos en los arcos de los ajimeces de ésta. Se elevan un poco hácia la clave y forman punta. ¿No os acuerda, que esta manera fué despues muy usual, sin haber sido desconocida ántes, segun dá testimonio la toledana puerta de Visagra? Estos arcos apuntados ¿no os recuerdan tambien que los conoció el siglo ix en Talun y en el Cairo, y que desde entónces, si no en época anterior, parece que fueron propiedad comun del arte mahometano? ¿Verdad que á la vista del arco apuntado sobre arranques estirados del mirador de Lindaraja, del de colgantes de las tres entradas al Patio de los Leones, del festoneado de la Sala de la Alberca, creéis ver el origen de ellos en la Giralda? ¿Verdad que del mismo modo creéis ver en la Giralda el nacimiento de formas que despues tomaron un lujo y delicadeza, sin ejemplo? Quién lo duda, como es indudable á la vez, que en ese elevadísimo alminar, están los principios verdaderos del arte decorativo, que debió su existencia á los ladrillos *almadravas*.

He consignado ántes, que los arcos de los ajimeces del alminar más gracioso y gallardo del Islam, se elevan hácia la clave y forman punta. El hecho no es una originalidad incomprensible. Los árabes rasgaban los muros, atentos sólo al ornato, y á este fin, bordábanlos de arcos de estuco, que calocaban entre jambas. Muy pronto nació en ellos el deseo de dar variedad y diversidad á las formas del arco y de aquí el nacimiento del apuntado.

Sin embargo, pagando á la verdad el tributo que la es debido, debe decirse, que nunca se empleó por ningun sectario del Koran, como esencia de un sistema arquitectónico y si el frecuente uso que de él se hiciese afirma su importancia, bueno será no exajerar ésta y sobre todo no incurrir en el error de relacionar tal hecho con el origen del estilo gótico. Profano á las artes, no sé decir acerca de ese monumento, lo que decir pudiese un maestro de arquitectura, lo que el instinto estético quiere expresar y no sabe. Si diré, que me encanta, que admire cada dia más la

maravillosa creacion del arquitecto árabe que dió al Algebra su nombre.

¡Qué efecto tan encantador produce! ¡Qué originalidad tan poética la suya! El color sonrosado de sus ladrillos, la blancura de sus piedras, le dan un aire de alegre juventud que embelesa. ¡Parece una torre de rosas y camelias! Abierta por sus moriscas ventanas con balcones y sus columnitas de mármol, al aire y á la luz, con la espontaneidad que un templo helénico; bordada como una tela de Oriente, es una de las joyas más deliciosas y de mayor gusto que poseemos. Yo no la cambiaría por el famoso *Campanile* de Florencia, por esa perla del estilo gótico italiano, adornada de riquísimos relieves, de estatuas de extraordinario mérito, de elegantes ojivas; por aquella torre ligera, aérea, que resalta, con los iris de sus mármoles, al lado de la redonda de Santa María de las Flores, y que si no tiene hoy por capitel una gran pirámide es, porque la terminó Tadeo Gaddi y no el Giotto. Lástima grande, como ha escrito un sabio Académico, que la maravilla de Geber se halle coronada por un estilo tan extraño que no nos permita figurar «su antigua cúspide, sus remates dorados y sus brillantes azulejos.»

Nada escribiré acerca de las vicisitudes porque han pasado la Giralda y su corona, ni de las construcciones que llevan la firma de F. Ruiz, y el lema *turris fortissima nomen Domini*, ni de la estatua de dorado bronce, que sosteniendo en una mano un estandarte y en la otra una palma, sirviéndole de fondo el firmamento, por un efecto de óptica, al ser herida por el sol parece un ángel que aletea en un mar de azul celeste. Sobre todo esto algo quiere decir un amigo mio queridísimo, que tiene corazon de poeta y pluma cortala con exquisito gusto. Le cedo con verdadero contentamiento la palabra y paso á ocuparme en indicar qué es lo más bello que en mi sentir tiene la Giralda.

FAUSTINO SANCHO Y GIL.

(Se concluirá.)

## DESDE EL FONDO DEL PALCO.

AL SR. D. MARIANO DE CÁVIA.

(Conclusion.)

Al final del acto volvieron á repetirse los aplausos. A cada aplauso erguia Carolina su cabeza, palidecia; sus labios se plegaban con ese movimiento de contraccion que los pintores han sorprendido en la sonrisa de los avaros.

Alcázar repartía su atencion entre su amiga, la música y los personajes de los palcos, como hombre acostumbrado á tratar á un mismo tiempo asuntos heterogéneos. A pesar de los cambios de decoraciones, el intermedio no fué tan largo como se esperaba. Se levantó el telon, pero la orquesta seguia muda; hubo unos ligeros mormullos. Carolina volvió la cabeza como todos y se fijó en la escena. Avanzó hácia el proscenio un cierto comparsa ó partiquino y dijo: que una repentina indisposicion de la signora Violetti la imposibilitaba de continuar en su papel, del cual se habia encargado la prima tiple-contralto madama Brancard. Suplicaba, etc., etc.

Observó Alcázar en la mirada de su amiga extraño y súbito fulgor, como si sus ojos reflejaran la espada de fuego de algun ángel misterioso que hubiera cruzado por delante de ella. Luego la sangre se agolpó á su rostro y hubo un momento en que creyó que iba á venir á tierra.

—¿Qué es eso, Carolina? dijo el diplomático corriendo á sostenerla. ¿Está usted enferma?

—No me siento bien.

—¿Quiere usted que salgamos? Retirémonos... me tiene usted á sus órdenes.

—No habrá venido el coche. Esperémos un momento.

Pasados cinco minutos, Carolina recobró su serenidad, y poniendo su mano sobre las rodillas de Alcázar, le dijo cariñosamente:—Mi buen amigo, ¿querria usted darse un paseito por el escenario á ver si pesca usted algo de lo que ha pasado?

Miróla el diplomático como si leyera en sus ojos y añadió:—Pícara imaginacion: ¿á dónde no llegará en sus vuelos?... No queria alarmlarla, pero hemos tenido la misma idea. Voy allá.

Cuando D. Fernando de Alcázar salia del palco, la orquesta acampañaba á un coro de voces, frescas argentinas pero tristes; era un coro de esclavas. Bajó la escalera, atravesó un corredor oscuro, y entrando entre bastidores se unió á un grupo de tres conocidos que hablaban en voz baja; por ellos supo ese algo que deseaba, y despues de terciar en la conversacion añadiendo un décimo quinto comentario, volvió á subir al palco.

—¡Hé triunfado! exclamó Carolina al ver su sonrisa, no me engañaba el corazon. Cuénteme usted...

—Diré á usted lo que se murmura. Entre nueve ó nueve y media, se ha visto entrar á Cárlos en el escenario y dirigirse al cuarto de Adelina Violetti. Dícese que con la mayor sangre fria Cárlos le ha declarado su resolucion de no continuar en la farsa por ella representada. Allí no ha habido voces, ni injurias, ni gritos, ni amenazas. Al desaparecer Cárlos, la Violetti ha perdido el sentido y ha sido preciso anunciar la suspension de su papel.

—¿Luego ha visto las cartas? ¿Luego ha dudado del cariño de la Violetti? ¿Luego he vencido? ¡Ah! he vencido, repitió Carolina radiante de orgullo y de fiereza, como Isabel de Inglaterra al recibir la nueva del naufragio de la *Incencible*.—Me marchó. ¿Quiere tomar el té conmigo? Soy demasiado feliz para no aburrirme en medio de tanta gente y de... tanta música... ¡qué noche... Dios mio! ¿Viene usted Alcázar?...

—Con mucho gusto, contestó el diplomático, dirigiéndose á la puerta. Y ambos salieron del palco, cruzaron el pasillo y llegaron al vestíbulo posterior del gran teatro, desde el cual distinguieron el coche que los esperaba.

Al dia siguiente supo Carolina los detalles del rompimiento. En cuanto Cárlos recibió las cartas de una manera anónima y secreta, se presentó en casa de la Violetti que ya no estaba en ella contra su costumbre, y este incidente casual, que él creyó intencional, bastó para enfriar sus deseos de reconciliacion y aumentar el catálogo de culpas que el amor propio tiene formado en estos casos. Y no cabe duda que si la entrevista hubiera sido en su casa, sin testigos ni curiosos á la puerta, la Violetti hubiese desplegado recursos que su crítica situacion le negaba en aquellos momentos, y Cárlos hubiera llegado á ver claro y á comprender de dónde venia el golpe.

Hé aquí las circunstancias puestas admirablemente al servicio del intrigante.

## II.

Aquella misma semana la baronesa de Villalta dió para sus numerosos amigos un baile de confianza al que fueron invitados con toda intencion, Cárlos de Arellano y Carolina Suarez de Guevara. Ahora es cuando podemos añadir, para mejor claridad de la narracion, que Carolina ántes de haber cumplida diez y seis años casó con don Juan de Guevara, uno de los

antiguos gentiles-hombres de Palacio. Fué un matrimonio de conveniencia más que de inclinacion, porque Guevara frisaba en los cincuenta, y ya Carolina por entónces se habia fijado en un jóven moreno, de fisonomia viva y resuelta, que revolucionaba los salones á última hora y era el jefe de los jóvenes dandys de aquella época. El marido no tardó mucho á morir, por lo que ella pudo conservar aun despues de haber trascurrido algunos años, el recuerdo de su primer amor, que creció como nunca cuando Cárlos volvió de sus viajes y pudieron verse y tratarse con mayor independencia.

Sabemos cómo la Violetti se habia interpuesto entre los dos enamorados, y cómo á su vez Carolina habia conseguido separarla de Cárlos siquiera por algun tiempo. El baile dado por la baronesa no tenia otro objeto que reunirlos y provocar entre ambos una explicacion que diera el resultado apetecido: la reconciliacion de Cárlos y Carolina. Esta llegó al baile bastante tarde pero todavía formó pareja con aquel en unos rigodones. Tambien acudió Alcázar, que era hombre de rara actividad y deseaba felicitar á su amiga. En uno de los intermedios se acercó á ella, porque le pareció sorprender en su fisonomia una ligera, una imperceptible nube de tristeza.

—Querida amiga... la dijo, está usted de enhorabuena... ¿será posible que esta felicidad no sea completa?... ¿O acaso voy sospechando lo que no existe?...

—No, Alcázar; sufro mucho.

—¿Usted?... no quisiera ser indiscreto, aunque el interés que usted me inspira...

—He hablado con Cárlos varias veces, continuó Carolina, pero le encuentro tan frio, tan reservado, tan... ¿Cómo despertar sus antiguos recuerdos? ¿Cómo volver á la dicha que me ha sido arrebatada?... Es que ha puesto en olvido lo pasado... ¿me amará todavía? ¡Es que quiere gozar con los horribles tormentos de un corazon humilde y destrozado! Necesito reposo, tranquilidad; necesito recogerme para idear un medio, para sondear mi pensamiento, para recobrar mi felicidad! Dios mio... amigo mio... esta atmósfera me ohoga... Disimulemos, mañana... sí mañana mismo nos veremos: ¿no es verdad? No me compadezca usted todavía... quién sabe! ¿no dicen que tengo talento?... pues bien, yo discurriré... yo hallaré lo que busco.

Nuestro diplomático poseia entre otras dotes, la inapreciable de saber escuchar; así es que dejó á su amiga que se desahogara hablando largamente, y aliviara su imaginacion dándole salida á la inmensa balumba de sus ideas. Luego añadió con cierta pausa: ¿Conviene usted en que no debemos desesperar? Entónces cálmese usted. Ello es una buena razon para que usted no se agite, ni se atosigue, ni se llame desdichada. Espéreme usted mañana por la noche de nueve á diez y podremos hablar de largo sobre estas cosas.

—Tambien espero á Cárlos.

—Tanto mejor. Allí nos veremos todos.

Poco despues, y á una hora bastante avanzada, se retiraron los enviados.

Llegó el dia siguiente, pero Cárlos no pareció por casa de Carolina, ni tampoco Alcázar por haber sido llamado á la consulta de un negocio importante en el Consejo. El premio de la victoria era dudoso: ¿qué habia sucedido? Pasó la semana en la mayor ansiedad, aunque para ella no podia ser un misterio, que cada hora y cada momento que trascurria iba perdiendo el terreno ganado, mientras su rival avanzaba lentamente, pero con la seguridad de vencer. Una noche fué sorprendida por la visita del diplomático; estaba más pálida que nunca y sus ojos tenían cierto enrojecimiento como si acabara de cubrirlos una ola de amargo llanto. Contemplóla Alcázar, aproximó su butaca, y golpeó suavemente con su mano sobre aquella

mano que estrujaba y retorcia un pañuelo con aparente indiferencia. Luego la dijo:

—Vamos, amiga mia, seamos razonables ¿á qué luchar en vano? Comprendo que...

—¡Todo ha concluido! ¿Conoce usted el desenlace? Es un bonito desenlace... Si viera usted cómo divierten estas cosas... si conociera usted á fondo...

—Por favor, Carolina... que yo no sé nada.

—Se arrepintió Pasarelli de lo que él consideraba como una traicion y una perfidia.

—A buena hora, interrumpió Alcázar; ese Pasarelli es un pobre hombre.

—No; Pasarelli es un imbécil.

—Perfectamente. Y si no lo es... merece serlo.

—Pues bien; arrepintióse como digo y escribió á la Violetti escusando su debilidad y contando el suceso, aunque sin nombrar á la persona que le habia inducido á cometer semejante picardia. Esta carta llegó á los cinco minutos á manos de Carlos, que no tardó á presentarse en casa de... (no quiero volver á nombrarla... mis labios se manchan con ese aborrecido nombre.)

—Serenidad, amiga mia... Usted luchaba con un imposible. La simpatía que obra y decide á la pasion no tiene ley conocida, y sería preciso un verdadero milagro para resucitar en el corazon del hombre la emocion, los sentimientos, las ideas, las circunstancias especiales, los infinitos móviles desconocidos, todo, en fin, lo que en otro tiempo venia á constituir la felicidad suprema de su vida. Pero todavía nos queda otro camino: ¿recuerda usted lo que la he dicho en otras ocasiones?

Ayer éramos actores: hoy podemos ser espectadores. Estamos asistiendo á un espectáculo curioso y entretenido. En el gran teatro, desde el fondo de un palco, puede usted ver pasar á estas pobres gentes, que hoy se disputan la atencion del público.

—Sí, amigo mio, tiene usted razon. Mi amor propio ha herido de muerte á la pasion insensata.

¡La desprecio! Ellos han entrado en escena... corramos al fondo de nuestro palco... ya los veo! ya los veo... delicioso espectáculo! ¿no los ve usted?... hablan, entran, salen, gritan, manotean... y acabarán por reñir... ja! ja! ja!

Y Carolina que se habia levantado para ridiculizar con mayor expresion á sus rivales, volvió á caer sobre la butaca con una larga, nerviosa y estridente carcajada.

Cuando cesó de reir habia lágrimas en sus ojos.

JOSÉ M. MATHEU.

## IMAN DE UN AVE.

Pasó el estío—de llamas rojas,  
Llegó el otoño—con sus neblinas;  
Buscando flores—y verdes hojas,  
Cruzan el éter—las golondrinas.

Huyen rozando—nuestra ventana;  
La más hermosa—se ha detenido,  
Mientras se alejan—las que mañana  
Tal vez descansen—en dulce nido.

¿Por qué no quiere—seguir errante,  
Ni, cual las otras,—veloz camina?  
¿No tiene brios,—no tiene amante  
Por quien suspire,—la golondrina?

¿Por qué, emigrando—del crudo hielo  
Que al árbol priva—de su fragancia,  
Esa avecilla—detiene el vuelo  
En la ventana—de nuestra estancia?  
No es el ornato,—no es la riqueza  
Quien la detiene,—quien la fascina;  
Es que se asombra—de tu belleza,  
Es que te ha visto—la golondrina.

Pasó más cerca—de tu hermosura  
Y de tu rostro—quedó prendada,  
Enamorada—de tu dulzura,  
Y de tus ojos—enamorada.  
Buscaba amparo—la viajera  
En tierra fértil—y purpurina,  
Y encantos halla—de primavera  
En tus hechizos—la golondrina.

Cuando las alas—de brisa suave  
Acariciaban—de nuevo al prado,  
A las campiñas—tornaba el ave  
Tal vez en busca—de un sér amado.  
Muertas las flores—del valle ameno,  
Muertas las pompas—de la colina,  
En mi ventana—luz á tu seno  
Pedía siempre—la golondrina.

Hoy, olvidado—tu juramento,  
Por tus engaños—mi dicha muerta,  
Pasa el estío,—solloza el viento,  
Y mi ventana—miro desierta.  
Igual ornato—mi estancia tiene,  
Cubre á los cielos—igual neblina;  
Llega el otoño,—pero no viene  
A mi ventana—la golondrina.

La primavera—de nuevo viste  
Los horizontes—de azul y grana,  
Y de ilusiones—mi pecho triste  
Está desierto—cual mi ventana.  
Crudos rigores—hieren la selva,  
Tu rostro ardiente—no me ilumina;  
Vuelve á mis brazos,—y harás que vuelva  
A mi ventana—la golondrina.

Vuelven las flores—á henchidas ramas,  
Y un nuevo otoño—desnuda al suelo;  
Doran el éter—candentes llamas,  
Y luego torna—punzante hielo.  
Del hielo rompen—los frios lazos  
Otros torrentes—de luz divina,  
Y tú no vuelves—nunca á mis brazos,  
Ni á mi ventana—la golondrina.

Pero ninguno,—ninguno sabe  
Tus resplandores—dar al olvido:  
Por fin ha vuelto...—te busca el ave  
Como buscamos—el bien perdido...

¡Y quién de un alma—jamás serena,  
Podrá arrancarme—sangrienta espina,  
Si, por no verte,—murió de pena  
En mi ventana—la golondrina!...

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

## ESPECTACULOS.

¡Aquella fué una sesión satánica! Diablos encarnados y de todos colores, un Fausto de pega y parecido como un huevo á otro á nuestros modernos gomosos; una Margarita éfnica y descocada; un autor que, en plena escena, descabella á sus personajes hiriendo de muerte la dignidad y el decoro del arte dramático, y un público sensato que busca la reparación donde estuvo la ofensa silbando despiadadamente la obra; tales son los factores que podrán dar á Vds. idea de lo que en el Teatro Principal ocurrió al estrenarse el efímero *Mejstófeles. Non raggionar di lor ma guarda é passa*, como dijo el gran Florentino á propósito de otro espectáculo semejante, en lo inmoral, á la infeliz producción de Pastorfido. Consignemos, sin embargo, que el desempeño por parte de los actores (en especial las Sras. Sarló y Raguer y los Sres. Orejon y Rochel), fué superior á lo que el mérito literario del libro merecía.

La otra obra estrenada en el curso de la semana que ha concluido es *Periquito*. Una honrada familia que hace un viaje de recreo (aunque no para el espectador,) en busca de un loro, forma el argumento de la zarzuela ideada por dos festivos poetas, que no deberán seguramente su buen nombre á esta complicidad en la perpetración de semejante atentado. Hay sin embargo algunas escenas que recuerdan la *vis* cómica y el ingénio de los autores, diálogos oportunos y que divierten al espectador, y sobre todo, decoraciones muy bien pintadas, perspectivas excelentes, trajes caprichosos, luz Drumont y... fuegos artificiales. El éxito no ha correspondido á las esperanzas de la empresa y el público de Zaragoza, al juzgar á *Periquito*, ha confirmado el fallo desfavorable emitido por el de Madrid. En el desempeño de esta obra sobresalen los señores Orejon, Escriú, Ruiz y Rochel. El cuerpo coreográfico viste bien y baila mal.

Por hoy no digo más sino que deseo tener ocasión de mostrarme ménos severo en la próxima semana; así convendría á los intereses de la Empresa que cobra, del público que se divierte y del revistero á quien agrada más ejercitar el aplauso que la censura.

VALERIO.

## LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

NUEVA BIBLIOTECA UNIVERSAL.—*Seccion Juridica*.—DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO, por Pascual Fiore, vertido al castellano por A. García Moreno.—Tomo I.—Madrid: F. Góngora y compañía, editores.—Un volúmen en 4.º de 460 páginas.

Si las extraordinarias cualidades que distinguen al ilustre profesor de la Universidad de Turin no fueran conocidas ya de los hom-

bres doctos y estudiosos de nuestro país, bastaría para denunciarles la gran importancia de la obra que en este momento nos ocupa, el sólo hecho de haberse apresurado la casa editorial de los señores Góngora y compañía á ofrecerles la traducción del primer tomo, ántes de haber aparecido en Italia el original del segundo. El servicio que con la publicación de este libro se presta á los amantes de los estudios jurídicos, merece verdaderamente ser reconocido. Y como si la actividad en llenar este vacío fuera circunstancia de poca monta, los editores mencionados han encargado además á un conocido publicista la compilación, extracto y ordenación de los tratados hoy vigentes entre España y las demás naciones, tanto en derecho internacional público cuanto en el privado, formando un tomo que servirá de apéndice al *Derecho Internacional Público* de Fiore.

El primer volúmen consta de tres libros. El primero trata del derecho internacional según la historia, en el cual describe magistralmente cómo se ha ido formando y desarrollando esta rama del Derecho en las diversas épocas históricas, en Oriente, en Grecia y en Roma; sus progresos con el Cristianismo, la reforma y la paz de Westfalia, y desde ésta hasta el tratado de Viena de 1815; los factores que la constituyeron en la Edad Moderna; su estado y condiciones en la época presente, y sus posibles progresos para el porvenir. Forma este libro un acabado resumen histórico sobre la materia. El libro segundo estudia la naturaleza y carácter, fuentes y manifestaciones, etc., etc., del Derecho internacional; y el libro tercero, por fin, se ocupa de las personas, de sus derechos y sus deberes, examinando todo ello de una manera tan completa como exacta.

La traducción es bastante esmerada. La edición, sin tener nada de lujosa, tampoco puede tacharse de incorrecta ó indigna del texto.—C.

GALAS DEL INGENIO.—Cuentos, pensamientos, etc., de los poetas dramáticos del siglo de oro, coleccionados y anotados por los señores Bustillo y Lustonó.—Un volúmen en 8.º de 232 páginas.—Madrid, 1879. (Librería de A. San Martín, Puerta del Sol, 6.)

Como escogida floresta de los pasajes más brillantes que en el teatro español del siglo XVII se encuentran, es digno de aplauso el propósito del editor y colectores. Estos han hecho la elección con buen gusto y criterio verdaderamente literario, reuniendo en el primer volúmen de *Galas del ingenio* lo mejor que bajo el concepto de fluida versificación, agudeza del pensamiento ó aticismo en el diálogo, se halla en las comedias de Calderón, Lope de Vega y Alarcón. A pesar de la abundante lectura de este libro, creemos, sin embargo, que hay muchas más preciosidades literarias ocultas en las obras de estos tres autores, cada uno de los que, por sí solo, merecía que se le dedicara un volúmen entero. De todos modos, las *Galas del ingenio* son dignas de ocupar un puesto en toda biblioteca y ahorrarán á los escritores y aficionados la consulta de obras de gran coste y difícil adquisición, y por otra parte el económico precio que se le ha asignado (4 rs. ejemplar), facilitará la vulgarización de las producciones de nuestros ingenios del siglo de oro y podrá servir de saludable antídoto contra las nauseabundas novelas de Manini y otros editores *ejusdem furfuris*.

GALERÍA HUMORÍSTICA. ELLAS.—Colección escogida de anécdotas, ocurrencias, chistes, agudezas, etc., etc., por un Diógenes moderno.—Madrid, 1879.—Un volúmen de 224 páginas.

La misma casa editorial y en forma idéntica á la del elegante tomo de que acabamos de tratar, ha publicado el volúmen *Ellos*, al que indefectiblemente seguirá otro titulado *Ellos*, y un tercero que sintetizará el asunto y tendrá por protagonistas á *ellas* y *ellos*.

Componen esta colección multitud de anécdotas, pensamientos, cuentos, etc., de agradable lectura, coleccionados y extraídos de los libros que en España y el extranjero se han escrito sobre este asunto, y se vende al mismo precio que el tomo *Galas del ingenio*, en la citada librería.

Zaragoza: Imprenta del Hospicio Provincial